

Reseñas de libros

Actas del Coloquio hispano-alemán Ramon Menéndez Pidal (Madrid, 31 de marzo a 2 de abril de 1978), edición a cargo de Wido Hempel y Dietrich Briesemeister, Tübingen, Niemeyer, 1982, 244 p.

Que se me permita, para empezar la presentación de estas *Actas* de un Coloquio hispano-alemán, una pequeña nota francesa que nada tiene que ver con el contenido ni el mérito de las *Actas* ni del acto de donde proceden. El Coloquio hispano-alemán se celebró en Madrid en la primavera de 1978 "con motivo del décimo aniversario del fallecimiento de Ramón Menéndez Pidal" (p. VII); de modo que tardaron cuatro años en publicarse las *Actas* de dicho Coloquio y, aunque en forma cuidada por lo general, con los inconvenientes que conlleva el uso de fotocopia en vez de imprenta. Y esto no deja de extrañarnos a los franceses que siempre nos creemos más desaventajados que los demás en cuanto a ediciones universitarias. Aunque mal de muchos es consuelo de tontos, por lo menos podemos comprobar que las dificultades editoriales no son propias de un país sino que se van europeizando.

Como ya se dijo, esta reflexión no le quita mérito a la obra; pero puede que tenga más relación con ella de lo que parece, ya que se trata de una reacción motivada por prejuicios nacionales (¡ y no nacionalistas !). Y estas *Actas* ponen de manifiesto la importancia de la idiosincrasia cultural al enfrentar dos "tradiciones" (sean las comillas un homenaje más a Menéndez Pidal) que difieren mucho en su modo de enfocar los problemas. Ya es tiempo de describir este libro en su variopinta diversidad.

Una *Advertencia preliminar* de Wido Hempel (pp. VII-X) nos pone al tanto de los antecedentes del Coloquio promovido por la recién nacida (1977) Asociación de hispanistas alemanes; y después de los consabidos agradecimientos a los que aceptaron participar en él —y particularmente a Dámaso Alonso y Rafael Lapesa— y luego a los familiares de don Ramón (que organizaron una exposición de documentos en el Instituto alemán de Madrid), tenemos unos pocos datos sobre la organización del Coloquio. Se repartieron las ponencias mitad por mitad entre los españoles por un lado, los alemanes, austriacos y suizos por otro lado. Sin embargo, las *Actas* comprenden sólo la totalidad de las ponencias de la parte alemana, faltando unas cinco de la parte española. Además, habiendo publicado ya sus ponencias dos de los participantes españoles (Diego Catalán, *Los modos de producción y "reproducción" del texto literario y la noción de apertura*, en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, 1978; y José Luis Varela, *Larra voluntario realista*, en *Hispanic Review*, 46) se publican aquí otros trabajos inéditos suyos. La presentación de las ponencias, se hace por el orden alfabético de los autores; no se atiende a criterios de clasificación por temas o por sesiones. Por lo tanto se echa de menos una reproducción del programa del Coloquio, para que se

entere el lector de la agrupación de las ponencias en el mismo; tampoco se alude a las discusiones, si las hubo (y seguro que las hubo en esta clase de reuniones bilaterales en las que se suelen confrontar planteamientos diversos).

Dámaso Alonso en el *Prólogo* (reproducción del discurso de apertura) subraya el papel de guía de Menéndez Pidal, antes del eclipse consecutivo a su muerte y las críticas, a veces malintencionadas, que se han desatado contra él. Cree que esta reacción de rechazo, normal en todo caso, se ha ampliado en España por "la vuelta de espaldas de la nueva generación a los estudios filológicos de carácter histórico y su encandilamiento con las teorías de la nueva lingüística" (p.XI). Es posible que así sea; no obstante se pueden hacer algunos reparos a esta presentación de dos bandos antagónicos (como si se tratara de una nueva "querelle des Anciens et des Modernes"), que simplifica un poco un problema complejo. Por una parte, "las teorías de la nueva lingüística" son múltiples, abiertas y en vías de transformación, y precisamente en varios aspectos de la obra de don Ramón se pueden encontrar en germen muchos conceptos "modernos" (véase más adelante lo que dicen al respecto Diego Catalán y Álvaro Galmés de Fuentes); y por otra parte, es, muchas veces, en el enfoque más filológico de los estudios pidalinianos en el que se nutren los ataques más radicales, reprochándosele a Menéndez Pidal sus generalizaciones sobre tal punto de la historia de la lengua o de la epopeya que se asentarían en meras hipótesis indocumentadas. Parece arriesgado pues cifrar los ataques a Menéndez Pidal en un enfrentamiento de escuelas. Sea lo que fuere y más allá de la malevolencia (que también la habrá), su obra es tan amplia y tan rica de sugerencias que a todos puede servir de aliciente, en algunos casos para refutar ciertas posturas suyas, en muchos casos para, a partir de ellas, ahondar en lo que fue a menudo feliz hallazgo.

Como la actividad incansable de Menéndez Pidal a lo largo de sus 99 años de vida abarcó tantos temas y de tan diversa índole, es natural que encontremos aquí estudios que versan tanto sobre la lengua como sobre la literatura o la historia, centrados la mayoría de ellos en campos de investigación pidalinianos.

De un aspecto de la labor alfonsí trata Georg Bossong en *Las traducciones alfonsíes y el desarrollo de la prosa científica castellana* (pp. 1-14). El problema que tuvieron que resolver los colaboradores del rey Sabio (que fue el primero en verter al romance toda una serie de obras científicas) fue la necesidad de adaptar la lengua vulgar a tales usos. A partir de tres libros astronómicos cuyos originales árabes se conocen —los *Canones de Albatení*, el *Libro de la Açaçeha* y el *Libro de la Espera (Alcora)*— entabla Georg Bossong un estudio comparativo del texto árabe y de su traducción. En cuanto al léxico,

los préstamos directos del árabe son mínimos, siendo mucho mayor el número de los calcos; un tercer tipo lo constituyen los préstamos y calcos indirectos, es decir a partir del latín, y se llega a la conclusión de que se van sustituyendo cada vez más los términos calcados del árabe por términos cultos tomados del latín.

En el aspecto sintáctico tampoco hay que buscar el influjo del árabe en el préstamo directo sino "en la estimulación de la productividad de los medios de expresión sintácticos, y, en particular, en el acrecentamiento de frases complejas" (p. 9). La influencia del árabe sobrepasa pues con mucho el simple recuento de los arabismos manifiestos y ha servido a crear toda una serie de medios sintácticos y de vocablos castellanos.

Apoyándose en algunas advertencias que hizo Menéndez Pidal sobre los cultismos en *El lenguaje del siglo XVI*, José Jesús de Bustos Tovar va a matizar las afirmaciones pidalinas en su estudio, *Cultismo en el primer Renacimiento* (pp. 15-39). Después de recordar que los estudiosos de la lengua de principios del XVI insisten más o menos en el rechazo del cultismo en dicha época, advierte que la escasez de cultismos léxicos no significa la desaparición de la influencia del latín sino su integración mediante "un cuidadoso proceso de elaboración estética", por parte de los grandes escritores por lo menos. Por eso va a estudiar el cultismo léxico no en las grandes obras sino en una, reputada de escaso valor estético, la *Comedia Thebaída*, que puede ejemplificar "el proceso de trasvase de cultismos del primer Renacimiento" (p. 19). Distingue cuidadosamente J. de Bustos los varios estratos de cultismos de la *Thebaída*: algunos de ellos ya están documentados con anterioridad (pp. 27-28), otros marcan la aportación de principios del siglo XVI, siendo esta obra la primera documentación para muchos de ellos (pp. 24-26). Salvo algunos casos excepcionales, la mayor parte de estos vocablos latinizantes de origen culto se fueron integrando a la lengua común, de modo que puede concluir el autor matizando la opinión de Pidal de que se interrumpió en los años 1525-1555 la creación de neologismos tan vigente en el siglo XV. Acaba el estudio con un glosario de cultismos con carácter de neologismos del primer cuarto del siglo XVI (pp. 29-38), retrotrayendo la fecha de aparición de muchos de ellos, considerados como más tardíos. Cabe decir que además de las referencias explícitas a Menéndez Pidal, este examen de los cultismos de la *Thebaída* es un homenaje al maestro por ser ejemplar de la labor de la escuela filológica española.

En la misma línea de homenaje, no hay nadie más capacitado que Diego Catalán, el nieto de Menéndez Pidal, para hablarnos de los últimos 25 años de la vida de éste, desde los 75 hasta los 99 años. Don Ramón, luchando contra el proceso natural de envejecimiento, supo con-

servar su actividad y mirar hacia el porvenir. Así es como Diego Catalán puede titular su estudio *El modelo de investigación pidalino cara al futuro* (pp. 40-64). El estudioso, que conoce muy bien y por dentro, se podría decir, todos los aspectos de las actividades de don Ramón, empieza por ponderar la magnitud de la obra coronada en los últimos años por grandes síntesis (p. 40). Luego intenta valorar el impacto de Menéndez Pidal, no en una línea hagiográfica, sino en un enfoque histórico de lo que representó y sigue representando su obra para los jóvenes investigadores. Tomando unos ejemplos (la historiografía medieval española, la épica medieval, el Romancero) muestra cómo todo estudio posterior se nutre de la herencia pidalina, aunque sea remozando los conceptos y traduciéndolos al metalenguaje actual, como hizo el mismo D. Catalán para el Romancero (p. 49). Pero, más allá de la influencia obvia de Menéndez Pidal, en muchos campos de investigación, plantea D. Catalán un problema epistemológico, analizando el funcionamiento del método pidalino, inductivo en una primera etapa en la que se acopian los datos para luego acudir a un modelo teórico-deductivo que organiza y construye visiones sintéticas. Estas dos facetas se van compenetrando desde las primeras obras de Menéndez Pidal hasta las últimas, más sintéticas por apoyarse en el largo trabajo previo. Diego Catalán recalca la ejemplaridad de dicho método, ya que en las ciencias humanas se suele pasar por un movimiento pendular de un método puramente inductivo (positivismo) a su negación (estructuralismo), actitudes que ambas mutilan los objetos que pretenden estudiar.

Si no se puede menos de subscribir tales observaciones, cabe hacer el reparo de que no todos tienen la capacidad intelectual y de trabajo de un Menéndez Pidal, y que para poner en práctica dicho método mixto se necesita la labor no de un solo individuo sino de un equipo de personas en que cada una lleve su ladrillo para la construcción del edificio (dicho esto al modo de las metáforas arquitectónicas predilectas de Diego Catalán). Pues bien, esto también entraba dentro del método pidalino, estaba previsto y puesto en ejecución desde los tiempos del Centro de estudios históricos, y es un aspecto más bien descuidado de su herencia pero no el menos importante. Como testimonio, aduciremos la existencia y las actividades de la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal que puede considerarse como un modelo de centro de investigación. Y tiene toda la razón Diego Catalán al proponerla como tal no sólo para España sino para la Universidad en crisis de todos los países. Este elogio, pues, de la herencia de Menéndez Pidal, que dista mucho de ser un panegírico ñoño, enfoca los problemas desde una perspectiva histórica, abierta, y generosa.

Álvaro Galmés de Fuentes, en *Menéndez Pidal y la actual crítica acerca de las literaturas románicas* (pp. 65-75), centra su ponencia en la actualidad de Menéndez Pidal. Para esto escoge tres aspectos de sus teorías críticas que él relaciona con aquéllas desarrolladas por

la "nouvelle critique" francesa de los años 70 y que son : el poeta y el texto, el texto y su público, el mensaje poético del texto. En "El poeta y el texto", recuerda A. Galmés el debate crucial sobre la autoría de las obras medievales (en contra de la tesis positivista de Bedier que postulaba la existencia de un autor individual para cada obra, asentó Menéndez Pidal la suya de propagación por tradición ininterrumpida que vino a llamar "tradicionalidad") y remozó este concepto de "tradicionalidad" a la luz de los conceptos del gran crítico medievalista Paul Zumthor (la obra medieval es "producción" más que "esencia"). Del mismo modo encuentra en una cita de Zumthor la explicitación de la noción de "estado latente" y la corroboración del carácter anónimo de los textos medievales y de la autoría colectiva. Así es como "el papel... del individuo, en la génesis de un texto tradicional, desaparece ahogado en la colectividad" (p. 69). En "El texto y su público", pasa a examinar A. Galmés cómo el texto tradicional se amolda a la presencia y a la espera del público. Los apóstrofes a los auditores son en términos de Genette una irrupción del "discurso" en la "narración" y señalan el carácter oral en su origen de una gran parte de la literatura medieval, opinión compartida por la mayoría de los críticos (Genette, Zumthor, Rychner y el mismo Menéndez Pidal que, otra vez, se encuentra en armonía con la "nouvelle critique"). La primacía del texto es lo que proclama la crítica formalista (Genette, Iodorov) y en "El mensaje poético del texto", A. Galmés vuelve a encontrar una aseveración pidalina acorde con esta posición. En contra de Bedier y de su concepto de autor individual, Menéndez Pidal afirmó: "En el principio era la historia"; de lo cual deduce A. Galmés que "la historia es la leyenda, es decir, el texto en el que el autor aparece difuminado, sin relieve, en esa suerte de creación colectiva" (p. 73), deducción que parece algo arriesgada. Efectivamente, si el concepto de creación colectiva es un punto de contacto obvio con los críticos mentados, parece menos convincente, al transformar la "historia" en el "texto", poner a la fuerza a Menéndez Pidal en la órbita de los formalistas. Más válido es otro cotejo del autor que parangona la vida "en variantes", fórmula tan pidalina, con la búsqueda de invariantes en el texto tradicional (Propp, Zumthor), ya que las variantes conservan en sus sucesivas reelaboraciones elementos funcionales estables. Concluye el artículo con una cita de Zumthor de asentimiento parcial a las posiciones de Menéndez Pidal, aceptadas en la práctica si bien se rechazan en la teoría. Por eso mismo quisiera yo añadir que esta comparación muy sugestiva de las teorías de Menéndez Pidal con las de los formalistas peca quizá por sistematización excesiva de las semejanzas y por no tener en cuenta las diferencias epistemológicas.

Con los *Orígenes de la lingüística alemana*, de Hans-Martin Gauger (pp. 77-87), cambiamos completamente de enfoque, ya que nos remontamos a los predecesores de Menéndez Pidal, en este caso al fundador de la lingüística románica, el alemán Friedrich Diez. Y como Diez se apoyó en Grimm y en la lingüística indoeuropea, adoptando su método para

estudiar las lenguas románicas, H.-M. Gauger se dedica a explicar cómo nació la lingüística indoeuropea. Cuatro condiciones promovieron su desarrollo, dos de ellas contingentes (el descubrimiento del sánscrito y la disposición afectiva para el pasado) y dos necesarias (la emancipación del interés por la lengua misma y la constitución de una conciencia auténticamente histórica). Este clima en Alemania "hizo nacer, casi por sí sola, la lingüística" (p. 84). Después de este exposición sistemática, pasa el autor a examinar la evolución posterior de la lingüística que viene a ser una serie de emancipaciones o intentos de emancipación de estos factores que contribuyeron en un principio a su creación. La última etapa, según H.-M. Gauger, es sólo un intento fallido, por parte del estructuralismo, de emanciparse de la historia. Y, por fin, en la actualidad parece haber una reacción contraria con la "lingüística": esto no representa una vuelta atrás, ya que no se puede desandar lo andado, sino que manifiesta la lección del historicismo: "cuando vuelve una cosa, no vuelve nunca exactamente igual" (p. 86).

Hans Hinterhäuser, en *Ferdinand Wolf y sus investigaciones sobre el Romancero* (pp. 88-96), habla también de un gran precursor, reconocido como tal por Menéndez Pidal. Después de situarlo en su entorno histórico-cultural (romanticismo alemán), que lo lleva a entusiasmarse "por todo lo nacional y popular", y de definirlo como un comparatista, ya que era políglota, nos lo presenta el autor en su oficio de bibliotecario de la Real-Imperial Biblioteca Palatina de Viena, empleo que conservó durante toda su vida y le puso en contacto con los tesoros bibliográficos que se dedicó a editar. Wolf tenía al alcance fuentes ignoradas por Durán y, a diferencia del gran romancerista español, seleccionó los romances llamados por él "populares", de acuerdo con las teorías románticas vigentes. Distinguir lo "popular" de lo artístico fue, pues, su gran preocupación y para él lo "popular" es lo más antiguo, genuino y espontáneo, adulterado luego por juglares y trovadores. Para fijar la cronología, se interesó por la forma métrica y en este punto difiere totalmente de Menéndez Pidal ya que, desatendiendo el origen épico, aboga a favor del verso octosílabo y del estrofismo. Por otra parte, hombre de bibliotecas que nunca viajó a España, sólo conocía las obras impresas y no pudo tomar en cuenta la pervivencia del Romancero oral (aunque en la *Primavera y flor*, añadido yo, insertó unos pocos romances de tradición oral). Pero esto, en rigor, no se le puede reprochar y tiene toda la razón el ponente al ponderar la importancia crucial de la labor de Wolf para los estudios sobre el Romancero. Se completa la semejanza de Wolf con la mención de sus investigaciones fuera del campo de la hispanística (literatura medieval francesa, literatura brasileña) y la admiración reiterada ante su obra, fruto de una vida de recogimiento y trabajo, tan diferente de "nuestra moderna agitación extrovertida".

Con Carlos V : la política imperial y problemas de gobierno

(pp. 97-119) de Hermann Kellenbenz, pasamos al campo de los estudios históricos. Al principio, el ensayo de Menéndez Pidal, *La idea imperial de Carlos V* sirve de base para "analizar los problemas que debió resolver Carlos V cuando tuvo que vérselas con un vasto imperio" (p. 97). Un segundo apartado examina las posturas de Menéndez Pidal tales como las expuso en un Coloquio en Colonia en 1958, y H. Kellenbenz destaca, más que la fidelidad a la tradición de los Reyes Católicos, la novedad que representaba el ser Emperador del antiguo Imperio romano-germánico y "cabeza religiosa de la cristianidad católica" (p. 99). Enumera, pues, las dificultades con las que se enfrentó Carlos V al tener que gobernar un Imperio compuesto por "unidades geográficas, políticas y administrativas tan diferentes" (pp. 100-105). Otros problemas son el de la representación del Emperador en sus diversos territorios (pp. 105-108) y el de la elección de los consejeros, con varios cambios de orientación (pp. 109-110). Si Carlos V "supo elegir con acierto a sus diplomáticos y generales" (p. 111), el punto flaco fueron las finanzas y sus ambiciosos proyectos que no concordaban con la infraestructura económica y le obligaron a recurrir a los préstamos. Después de este examen del Imperio de Carlos V, ordenado según los países y según los períodos, en un último apartado (mal numerado VII, ya que el anterior era IV) se trata de valorar la política imperial de Carlos V con sus triunfos en los primeros años, sus reveses en los últimos.

Volvemos a la literatura con el estudio de Karl Kohut, *La teoría de la poesía cortesana en el "Prólogo" de Juan Alfonso de Baena* (pp. 120-137), que valora el *Prólogo* del *Cancionero de Baena* como "la primera teoría de la lírica castellana", en contra de la opinión general que atribuye al *Prohemio* de Santillana el mérito de ser el primero en expresar la teoría de la poesía cortesana. "Teoría de la lírica" puede entenderse en dos sentidos: sea teoría de la versificación, o sea "teoría literaria". Al primer aspecto alude Baena sólo de pasada y en la *Dedicatoria* al rey don Juan y no en el *Prólogo* es donde se mientan los géneros poéticos incluidos en el *Cancionero*, de modo parcial e impreciso (p. 125), muy diferente de las descripciones completas y precisas de las *Artes de trovar* catalano-provenzales. Frente a este silencio de Baena acerca de la técnica poética, cuando era buen conocedor de ella, se plantea el autor el problema del porqué y examina los cuatro conceptos que, ordenados de dos en dos, eran esenciales para Baena: por una parte, el de la literatura como formación (el más importante, según él, pp. 128-129) y como juego y entretenimiento; por otra parte, el de la poesía como inspiración divina y como arte que se puede aprender. Acerca del concepto de la inspiración divina, recuerda la polémica al respecto entre Fraker y Lange: el primero lo asienta en un desprecio del saber por creer los poetas en una inspiración divina, mientras que el segundo lo hace derivar de un "topos" antiguo definido por Curtius como "Bibelpoetik". Karl Kohut adopta la posición de Lange, por lo menos respecto a

Baena, ya que para éste "gracia y sabiduría no son contrarios, sino complementarios" (p. 132). El *Prólogo* de Baena sería síntesis de la ideología de la lírica cortesana de su tiempo, y Baena el primer portavoz de una corriente social que encontraría en Santillana su paladín y que quería darles a las letras tanta importancia como a las armas. Acaba este interesante estudio con un cotejo entre Baena y Santillana, cuyas teorías "son expresión de una unidad entre literatura y sociedad, como solo raras veces se da en la historia" (p. 135).

Sobre un aspecto desatendido de la historia de la lengua versa el estudio de Dieter Kremer, "*Hispania germánica*". En torno a las *relaciones lingüísticas germano-hispánicas* (pp. 138-149). Es versión inalterada —según se nos advierte— de la ponencia leída en Madrid, sin notas ni bibliografía añadidas. Se trata del problema de la influencia germánica antes de la invasión árabe e insiste repetidamente el autor en que el problema del gótico no se ha estudiado bastante, por escasez de material. Advierte que se debe contar con la germanística antes de hacer conjeturas etimológicas y cree que el *Hispano-gotisches Namenbuch* de J.M. Piel (1976) podría ser una base sólida, ya que, al estudiar la romanización de los antropónimos germanos, se comprenderían mejor las reglas de la evolución fonética de los préstamos germánicos. Para confirmar lo dicho, da dos ejemplos: palatalización de las velares, sonorización de las consonantes sordas intervocálicas (pp. 144-145). Luego señala la diferencia de enfoques entre germanistas y romanistas tanto en el campo lingüístico como en el histórico. Alude sólo a otros aspectos referentes a la importancia y la imprenta de la colonización goda para tratar en un último punto de "un problema crucial: ¿durante cuánto tiempo y por quién fue hablado el gótico?" (p. 147). No se puede dar una respuesta clara y convincente y Dieter Kremer se limita prudentemente a acopiar los pocos datos conocidos, la mayoría de ellos muy borrosos, lo que demuestra que, en este terreno como en todos los demás aludidos en este estudio, hay sobre todo "problemas pendientes de solución".

Es por cierto crucial *El concepto de tradición en la crítica literaria de don Ramón Menéndez Pidal*, según reza el título del estudio de Wolf Dieter Lange (pp. 150-171). Éste parte de una reflexión general sobre lo que representa la "tradición" en las diferentes ciencias y luego recuerda la contienda entre tradición erudita y tradición no-erudita, entre lo "culto" y lo "popular", a lo largo de los siglos, y la evolución de la diversa apreciación de su importancia respectiva. Este repaso de toda la historia de la literatura ocupa la primera parte del ensayo (pp. 151-159), con especial énfasis en las teorías románticas y en los críticos alemanes (Díez y Wolf) y españoles (Ochoa y Pedro José Pidal), para desembocar en la posición contraria del positivismo francés y de Curtius. Una segunda parte (pp. 159-168) se centra en la obra de

don Ramón, cuyas teorías se ilustran con citas largas y numerosas, sacadas sobre todo de *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas. Problemas de la historia literaria y cultural*, en su versión ampliada y modificada de 1957. Lange se fija en los aspectos esenciales de la teoría tradicionalista: el papel del juglar ("el juglar fue un poeta en lengua romance antes que el trovador"); la revisión de las teorías románticas nebulosas; la insistencia en el papel activo de cada transmisor (por lo cual el "tradicionalismo viene a resultar en ultra-individualismo", según dice el mismo Pidal); la defensa de la noción de estado latente. Luego fundamenta históricamente el tradicionalismo pidalino, que entronca con las ideas del siglo XIX pero también con las de la generación del 98 (búsqueda de lo sencillo, lo "humilde" en la historia, y afirmación de la primacía de la literatura sobre la historia). Acaba el artículo en tono muy noventayochesco, ponderando el papel de la tradición en la formación del espíritu nacional.

El maestro Rafael Lapesa, heredero de Menéndez Pidal en el campo de los estudios filológicos, nos proporciona una muestra de las conclusiones que se pueden sacar de un examen detallado y minucioso de un fenómeno lingüístico. *Contienda de normas lingüísticas en el castellano alfonsí* (pp. 172-190) trata del problema, ya aludido por Menéndez Pidal, de la variación del uso de la apócope en las obras alfonsíes. Primero, Lapesa nos da una visión del estado de lengua a principios del reinado de Alfonso X, en el que se nota un incremento de los finales duros apocopados por influjo tanto de los arabismos como del francés; pero ya, desde 1230, se da una reacción inversa que coincide con un deseo de independizarse de la influencia francesa por parte de la iglesia castellano-leonesa. Ésta es la contienda entre una norma antigua y de origen extranjero y "una afirmación de las tendencias más profundas y duraderas de la fonología española" (p. 174). Después de plantear el problema, se pasa al examen de las diversas categorías de textos alfonsíes, empezando con los documentos notariales (pp. 174-176); luego vienen las obras científicas clasificadas cronológicamente: algunas de ellas, que cuentan con primeras versiones conservadas y refundiciones más tardías, permiten un examen comparativo, y Lapesa advierte escrupulosamente si tiene a mano un estudio exhaustivo sobre las mismas o sólo sondeos. La prosa histórica es más difícil de fechar. Se sabe que de la *Primera Crónica General* sólo los primeros 616 capítulos son de la época alfonsí y que se nota una gran diferencia entre los 116 primeros en los que abunda la apócope y los siguientes en los que desaparece casi completamente, salvo ante vocal. En cuanto a la *General Estoria*, quedan pocos códices alfonsíes, pero, en éstos, se da la pervivencia de la apócope extrema a pesar de su fecha tardía, lo que se puede explicar por las preferencias del equipo redactor afecto a la norma arcaica o por el influjo de la Biblia romanceada que es fuente directa

de la *General Estoria*. De las obras político-morales y jurídicas, poco se puede decir, ya que de la mayoría de ellas, sólo quedan copias posteriores como ocurre también con el *Calila*. En conclusión Lapesa subraya que la vacilación en el uso de la apócope extrema no puede explicarse sólo por "una oposición entre las generaciones viejas y la de don Alfonso y sucesivas", ya que se da varias veces el caso de que un libro de fecha más tardía tenga más palabras apocopadas que otro más antiguo. Se agregó a este factor de renovación por cambio de generaciones el conflicto de las dos tradiciones que se fundaban en posturas opuestas según se dijo al principio. Como el rey apoyó la segunda actitud, al imponer el "castellano drecho" que, entre otras cosas, se caracterizaba por la ausencia de apócope extrema, ésta acabó por imponerse. Así es como, con el estudio de un fenómeno lingüístico, se pueden aclarar un poco los cambios históricos y el influjo del Rey Sabio.

Precisamente de esta necesidad de recurrir a la historia de los fenómenos lingüísticos trata Harri Meier en *Sobre la historicidad del lenguaje* (pp. 191-207) (en este caso también tenemos el texto de la conferencia pronunciada en Madrid, con sólo dos notas bibliográficas añadidas). Aquí el enfoque es más global y concierne a la historia metodológica de la lingüística en sus varias etapas. Después de aludir a los comienzos polémicos de la "lingüística tradicional", H. Meier —que parece lamentar esta actitud (pero ¿no es éste siempre el motor de la evolución como demuestra el estudio precedente de Lapesa ?)— se fija en dos aspectos en los que el estructuralismo cambia de raíz la posición de los problemas. El primero es la noción de sistema : mientras que la gramática diacrónica tradicional consideraba los elementos aislados, la lingüística estructural los estudia en tanto que forman parte de un sistema "où tout se tient", como dijo Saussure; y los cambios se explican sólo dentro del sistema ("case vide" de los sistemas fonológicos). El autor reprocha a este planteamiento el que se convierte en un nuevo determinismo "teleológico". El segundo punto, considerado por H. Meier como más positivo, es que se ha pasado de una fonética de la palabra aislada a una fonética sintáctica. Y a continuación se ejemplifica la validez de este cambio de orientación con unos cuantos casos sacados de las lenguas románicas (pp. 194-197). Luego se examinan otras dos direcciones de la lingüística estructural : primero el análisis sincrónico-sistemático (que desatiende la perspectiva diacrónica), y segundo el cambio de objeto de estudio que pasa a ser la variedad de los registros de lengua y no la sola lengua literaria. Así es como se establece una jerarquización de registros de lengua, de donde se saca la idea de cierto evolucionismo (un fenómeno lingüístico nacido en el lenguaje vulgar se extiende al lenguaje familiar y luego al lenguaje elevado). Critica H. Meier esta "futurología" que quiere explicar y prever las evoluciones y que proviene, según él, de una ceguera ante

el pasado, ya que esta división fue la misma en todas las épocas y "los diferentes registros o niveles (sociales o estilísticos) del idioma se transmiten de generación en generación" (p.200).Y, en apoyo de su tesis, aduce los principios teóricos que Menéndez Pidal sacó del minucioso análisis del "castellano preliterario" en *Orígenes del español*, obra desconocida de los lingüistas no españoles (pp. 201-203). Después de dar unos ejemplos sacados de las lenguas románicas (pp. 204-206), vuelve a proponer como modelo el citado estudio de Menéndez Pidal y a criticar el "determinismo futuroológico" de la lingüística moderna para rehabilitar la visión histórica.

De otro aspecto de la obra histórica de Menéndez Pidal habla Hans Messmer en *Menéndez Pidal y la Reconquista, su ideología y realidad* (pp. 208-217). Menéndez Pidal adoptó la teoría de la continuidad de la herencia visigótica en los primeros reinos cristianos y la expuso en un libro de síntesis de 1950 : *El imperio hispánico y los cinco reinos. Dos épocas en la estructura política de España*. H. Messmer disiente en algunos puntos de ese ideario de la Reconquista. Por una parte pone en duda la filiación directa del reino astur-leonés con el reino visigodo, fijándose en los nombres de los primeros reyes, más romanos que godos. Luego toma dos ideas claves : preeminencia del poder real, sociedad guerrera, pero dice que esta sociedad guerrera no es privativa de España sino que se encuentra en la mayoría de las regiones fronterizas del mundo islámico. En cuanto al concepto de lo imperial —para el que Menéndez Pidal rechaza "todo influjo tanto carolingio como islámico" (p. 214), adscribiéndolo únicamente a la tradición visigoda—, H. Messmer advierte que no existía en ésta la pretensión de expansión territorial; y, por otra parte, fijándose en las fórmulas que se aplicaban al emperador en latín y en árabe, viene a equiparar los conceptos de "natio" y de "millat". En el mundo islámico el soberano "es el 'dueño' de todas las comunidades viviendo bajo la paz islámica" (p. 215) y este concepto político se habría adoptado, y adaptado, para designar al Emperador que tenía bajo su mando tanto los cristianos como los árabes. Estas discrepancias con las teorías pidalinas, las considera el autor como un homenaje al maestro, por estar en la línea de las investigaciones pidalinas, promovidas muchas veces por un espíritu crítico ante lo ya establecido.

Los dos últimos estudios poco tienen que ver con Menéndez Pidal, aunque esto no se deba a una agrupación temática inexistente, sino a la casualidad de que los nombres de sus autores sean los últimos por orden alfabético.

El primero, de Sebastián Neumeister, es *Saber y callar. Apuntes para una socio-patología del Siglo de Oro* (pp. 218-228). Aunque alude de pasada a Menéndez Pidal (*Del honor en el teatro español*) se asienta en el concepto de conflictividad del barroco de Maravall. Pone

de manifiesto cómo, en el teatro, el callar la deshonra de la mujer se adscribe "a la ideología de un grupo restringido, una élite que proyecta su sistema de valores sobre la sociedad entera, pero que, en realidad, se está aislando más y más de la evolución social" (p. 224). A esta explicación sociológica, se añade una explicación psicoanalítica en términos freudianos de "mecanismos de defensa". El mecanismo de defensas de la sociedad es el matrimonio y ante esta solución se dan dos posturas diversas: la de Cervantes, cuya obra *La fuerza de la sangre* con su final feliz "demuestra el optimismo de su autor" (p. 227); y la de Calderón en *No hay cosa como callar* que proclama, en contradicción directa con el desenlace obligatorio de la comedia, el calvario que la sociedad del siglo XVII impone a las mujeres" (p. 227). Se podría añadir, lo que no dice el autor, que, además, entre Cervantes y Calderón median muchos años y muchos cambios.

El último estudio, de José Luis Varela es *Unamuno y el ensayo español* (pp. 229-244), dedicado "a Julián Marías en su homenaje". Se trata de una tentativa de definición del ensayo, género híbrido; pero, más que definición, resulta ser un vistazo histórico a los ensayistas españoles desde Feijoo y Unamuno hasta los modernos. La delimitación de lo que es ensayo queda muy borroso, bien por ser el ensayo un género híbrido o bien por no atenerse el autor más que a criterios de contenido. Se examina para terminar la herencia de Unamuno y de Ortega en tres ensayistas modernos, Giménez Caballero (*Genio de España*, 1932), Antonio Tovar (*Ensayo y peregrinaciones*, 1960) y Julián Marías.

En conclusión, se puede decir que, con ser tantos y tan diversos los temas tratados, no abarcan todos los que estudió Menéndez Pidal. Se echa de menos, por ejemplo, un replanteamiento del influjo de los poemas germánicos (Kudrún), a pesar del origen de la mitad de los poetas. Pero esto se deberá a las casualidades de las dedicaciones personales, y no se puede tachar el conjunto por lo que no tiene cuando ya trata de tantos aspectos.

El factor de unión entre esos diversos estudios, aunque con modalidades muy diversas, podría ser el "historicismo", afirmado serena o polémicamente, y se podría adoptar para muchos de los artículos el título de R. Lapesa: *Contienda de tradiciones*.

Michelle DEBAX

*
* *

Nadine LY, *L'affrontement interlocutif dans le théâtre de Lope de Vega. Systèmes internes et contraintes socio-linguistiques et littéraires*, thèse présentée devant l'Université de Bordeaux III le 28 janvier 1978, Lille, Service de Reproduction des Thèses, 1981, 712 p. dactylographiées.

La tesis universitaria francesa, de letras, es un género muy particular en el que su autor, sobre un tema reducido o extensísimo, ha de mostrar a la vez sus dotes de analista, su aptitud a la síntesis, una erudición muy sólida y una cultura general amplísima. Sus demostraciones serán las más finas y profundas que se puede imaginar —un poco más aún—, y habrá en su trabajo un eco muy preciso de las últimas modas de la crítica. El resultado de tales exigencias es muchas veces un libro gordo, plagado de citas, poco menos que ilegible, a menudo repetitivo, en el que sólo se meterán los que estén encargados de las reseñas y alguno que otro especialista (1).

El problema central de que trata N. Ly es el de los tratamientos (*tú, vos, v.m.*, y otros) en el teatro de Lope de Vega. El título escogido, *L'affrontement interlocutif*, parece ser una concesión a cierta corriente de la lingüística española en las universidades francesas, la cual, imitando a M. Molho, gusta de valerse de un lenguaje y de un vocabulario particulares y exteriores al uso común. N. Ly sacrifica poco a esta moda y, a pesar de que nos da sólo en la página 267 una definición de la palabra "allocutif" (olvidándose de definir las tantas veces usadas: "locutif", "delocuté", "allocutaire", "allocutif", etc.), no se sirve sino escasas veces de "habile", "inhabile", "sans plus", "subvertir", "subduit", etc. en el significado propio de dicha escuela. El subtítulo, *Systèmes internes et contraintes socio-linguistiques et littéraires* es mucho más claro y preciso y corresponde exactamente al contenido de la obra: ¿Cómo se organizan los tratamientos en el teatro de Lope de Vega? ¿A qué corresponden: a una reproducción de la realidad socio-lingüística o a obligaciones y significaciones meramente literarias? La encuesta de N. Ly es sistemática y está bien hecha. En una primera parte estudia la "Práctica y morfología de los tratamientos en la España del fin de la Edad Media y del Siglo de Oro" y la "Práctica y morfología de los tratamientos en algunas obras anteriores al teatro de Lope de Vega". Dedicó la segunda parte al estudio del teatro de Lope, preguntándose cuál de los dos sistemas antes definidos rige en las obras lopescas. La investigación tiene como punto de

(1) La propia tesis del autor de estas líneas corresponde exactamente a esta definición. Se pueden citar otras muchas de la misma clase.

partida real no una curiosidad puramente lingüística sino una interrogación francamente literaria : los lectores de Lope saben que los personajes se tratan a veces de *tú*, a veces de *vos*, pocas veces de otras fórmulas y cabe preguntarse si el paso de un tratamiento a otro, el cambio de fórmula a veces dentro de la misma réplica se debe a una reproducción de la realidad socio-lingüística —lo que se interpretaría como una preocupación por el "verismo" de parte de Lope y permitiría sacar deducciones sociológicas del análisis de su teatro—, o tiene un valor psicológico y dramático sólo valedero dentro de las convenciones de la obra literaria —se tratará entonces de analizar dicho valor y de mostrar cómo Lope ha sabido valerse de tal procedimiento.

La encuesta de N. Ly, tanto en su primera parte (sociedad y literatura antes de Lope), como en su segunda parte (el teatro de Lope), supone un gran acopio de ejemplos, un análisis riguroso y una clasificación metódica. Humilde ante los hechos, N. Ly no descarta ningún caso, por más que parezca extraño, y se esfuerza por analizar todos los datos que tiene, cualesquiera que sean. El ejemplo más raro y que más le plantea problemas —de los que sale airoso, con explicaciones tan finas como poco convincentes— es cuando, dentro de la misma frase o de la misma réplica, un personaje pasa del *tú* al *vos* y vuelve al *tú* (o lo contrario), maltratando la lógica gramatical y a veces la misma morfología verbal. Un caso muy representativo es el de la página 194 :

LUCAS FERNÁNDEZ *typifie le langage rustique par la mise en oeuvre d'une syntaxe mixte que associe au pronom sujet tú un verbe conjugué à la deuxième personne du pluriel :*

OLALLA Quiero, quírote abrazar
pues que desposada sos. (Comedia, p.32)

ou encore

BRAS ¿ Y tú sos el forcejado
zagal de buen retentivo ? (Diálogo, p.42)

et enfin

GIL ¿ Quién sos tú ?

BONIFACIO Mas tú, ¿ quién sos? (Égloga o farsa del
Nacimiento, p.142)

Me parece evidente que en estos tres ejemplos no se trata de una "sintaxis mixta" ni de sujeto en singular con verbo en plural, sino, muy sencillamente, de un paradigma "rústico" del verbo ser : *so* (*soy*), *sos*, *es*, *somos*, *sois*, *son*, donde *sos* singular se opone a *sois* plural (como *vas*, *das* a *vais*, *dais*). No hay pues ni "incorrección", ni alternancia

tú/vos sino una forma verbal dialectal y por tanto ridícula. Todo el análisis y comentario de N. Ly sobre este caso y otros iguales, así como su referencia —algo atrevida— al actual "voseo" argentino, quedan perfectamente infundados. De la misma manera, podemos vacilar a propósito del ejemplo de la pág. 232 :

*¿ Pues su merced qué pregunta ?
Agudo sos mona^fe
como un orinal de punta...*

preguntándonos si se trata de una alternancia *su merced/vos*, como afirma N. Ly, o *su merced/tú* más brutal y mucho más probable. Otro caso evidente de análisis erróneo, a propósito de un ejemplo sacado de *La hermosura aborrecida* de Lope, cuyo texto se cita así (p. 26) :

| | |
|------------|---|
| DOÑA JUANA | Adios, cubiertas paredes de telas de oro y brocados, y de bordados doseles; <u>gocéos</u> (sic), Don Sancho, con otra. |
| DON SANCHO | <i>¿ Qué necia y prolija <u>eres</u> !</i> |
| DOÑA JUANA | Como soy aborrecida, parezco necia; y <u>advierte</u> ... |

N. Ly se vale de este "gocéos" (que acentúa raramente sobre la *e*) para hablar de una alternancia *tú/vos*. En realidad este "gocéos" se dirige a las paredes y las comas antes y después de "Don Sancho" se han de quitar. Este verso se leerá : "Gocéos Don Sancho con otra" (que Sancho os goce, paredes, con otra amante).

Claro que los malos análisis de *so*s y éste que acabamos de ver son errores que cualquiera puede cometer y que no cambian nada a las conclusiones de N. Ly. Pero denuncian un aspecto muy importante en el trabajo reseñado : la crítica de los textos estudiados parece no existir. N. Ly ha leído y analizado muchísimas comedias, pero, estudiando un aspecto muy parcial (al fin y al cabo, el uso de *tú* o de *vos* no quita ni añade nada al interés de una comedia), parece que nunca se ha preguntado si los textos que estudiaba eran fidedignos. Y nosotros tenemos derecho a hacernos tal pregunta cuando vemos que los casos más sorprendentes de alternancia *tú/vos* ... en realidad no existen y son meros errores de lectura. ¿ Y si los otros ejemplos más extraños se debieran a textos estropeados ?

Antes de pasar a la descripción de los resultados obtenidos por N. Ly, tenemos que tratar de otro aspecto de su método que no nos convence completamente : su análisis cuantitativo y estadístico de los

tratamientos en cien comedias de Lope de Vega. El hecho mismo de contar, clasificar, aplicar el método estadístico a fenómenos literarios es un intento valioso que no puede chocar a nadie. Al contrario, afirmando cada vez más las técnicas, es muy probable que lleguemos un día a descubrir fenómenos —y tal vez explicaciones— hasta el día insospechados. No se trata pues de una crítica de principio sino de algunos reparos que se pueden oponer a lo hecho por N. Ly. Su problema era calcular en las cien comedias la frecuencia de aparición de los varios tratamientos y decir, gracias al método estadístico, si la distribución de cada uno de ellos era aleatoria o no, es decir si su uso dependía o no de una elección voluntaria del autor. En el caso de distribución aleatoria total, el uso de *tú*, de *vos* o de cualquier otro tratamiento no tiene ningún significado literario. En el caso contrario, el cambio de tratamiento denuncia una intención precisa del autor; luego se pueden analizar tales intenciones, clasificarlas, sistematizarlas, y, en fin, acercarse un poco más al proceso mismo de la creación literaria.

Ahora bien : contar es fácil, menos fácil es saber lo que se ha de contar. Y precisamente, lo que cuenta N. Ly quizás no haya sido todo lo que se había de contar. Citémosla :

S'il est bien clair qu'il est indispensable de relever les occurrences de chaque classe d'allocutifs, il n'est pas toujours nécessaire de relever toutes les occurrences d'un même allocutif. En effet, il arrive qu'une réplique soit longue, et qu'on y trouve, par exemple, quinze ou vingt fois exprimé un tutoiement... dans ce cas, les quinze ou vingt formes rangées à la deuxième personne du singulier se réduisent à une seule occurrence du tutoiement. Au contraire, si dans une même réplique, et cela arrive souvent, le personnage, usant d'abord du tú, passe à vos, pour revenir au tú et termine sa phrase sur un vuesa merced, on devra compter une occurrence du tutoiement, une occurrence pour vos, une autre occurrence de tú et une occurrence de merced, quelles que puissent être, par ailleurs, les occurrences réelles de ces pronoms et formules dans la phrase... (Pp.269-270).

Las cosas resultan pues mucho menos claras de lo que imagina (o quiere que imaginemos) la autora : lo que va a contar no son las ocurrencias de *tú* o *vos* sino la cantidad de réplicas con *tú* o con *vos* o con otra fórmula, a las que se suman los números de cambio de tratamiento dentro de una misma réplica. Las cifras así obtenidas —pero no soy ningún matemático— no me parecen nada homogéneas y me pregunto si no hubiera sido mejor contabilizar aparte los cambios de tratamien-

tos entre dos personajes, fenómeno particular y a priori más significativos que la elección *ne varietur* de *tú* o de *vos*.

Además, si bien es verdad que las convenciones de la comedia son tales que el número total de réplicas varía poco entre dos obras y menos aún entre ciento, para dos textos de misma longitud (la dimensión de la comedia es muy estable) nos encontramos con un número total de ocurrencias de tratamientos que puede variar de uno a tres o cuatro : el total de ocurrencias de *Hechos de Garcilaso* es de 191, el total de *Maestro de danzar* es de 588. ¿Cómo puede ser que haya tres veces menos tratamientos en la primera comedia que en la segunda ? ¿Qué pueden realmente significar tales cifras ? ¿A qué corresponden ? Y, sobre todo, ¿qué pueden valer los cálculos, por precisos, rigurosos y científicos que sean, hechos sobre bases tan frágiles y tan discutibles ? Y, en consecuencia, ¿qué pensar de las afirmaciones de N. Ly —que para su tesis son básicas— según las cuales la distribución de *tú* es aleatoria en un 80% de los casos, y la de *vos* aleatoria en sólo un 20% ?

Sin embargo, todos estos reparos, cuya gravedad es innegable, le quitan poco a la importancia de un trabajo cuyo interés no reside en algunas páginas de cifras y de cálculos sino en la demostración, irrefutable en su conjunto aunque discutible en algunos aspectos, que los tratamientos en el teatro de Lope de Vega no dependen en absoluto de una imitación de la realidad socio-lingüística ambiente, sino, exclusivamente, de un sistema totalmente literario y convencional que toma sus raíces en la tradición literaria anterior, la cual se debe a la vez a una tradición antigua y a la realidad social contemporánea.

Dicha realidad socio-lingüística, de los siglos XII al XVI, viene estudiada desde el punto de vista de los tratamientos en la primera parte, como ya lo hemos dicho. Es, a mi parecer, la parte más erudita, y que trae más información, de la obra de N. Ly : vemos, a partir de textos no literarios, qué papel ha desempeñado *tú*; o la evolución diacrónica de *vos*, de tratamiento reservado al rey a tratamiento cortés, para acabar en el siglo XVII siendo tratamiento de menosprecio, hasta de insulto (y traducido por *tú par Dudin*); la función de *él*, *ella*, tratamiento de tercera persona, cortés, pero sin el respecto que supone una *merced*, a veces omitido, como si el interlocutor sobrentendiera un *merced* que no se atreve a pronunciar; el funcionamiento del mismo *merced* que designó sólo al rey en el siglo XV bajo la forma *vuestra merced* para venir a ser el *usted* actual (los datos proporcionados por N. Ly y sus análisis, pp. 72-89, son interesantísimos); la aparición en el siglo XV de *señoría*, que queda siempre un poco superior a *merced* y de *excelencia*, *alteza*, *majestad*, de uso mucho más limitado. Estas cien páginas, coronadas por los cuadros sinópticos de las páginas 135-137, en-

cantan al historiador de la lengua y organizan de manera muy eficaz gran cantidad de datos hasta ahora nunca reunidos.

El segundo capítulo de esta primera parte, que estudia los tratamientos en la literatura antes de Lope de Vega, adolece ya de un defecto que se va a repetir en todo el libro pero que quizás fuera difícil evitar : el sistema de exposición escogido (analizar los tratamientos en las obras de A, luego de B, luego de C, etc.) no puede evitar que siendo los tratamientos muy parecidos en las varias obras, los análisis y las deducciones de N. Ly sean idénticos y se repitan de manera un poco excesiva. Aparece al final de este capítulo que existen varias corrientes de convenciones prelopescas, corrientes que convergerán en la "comedia nueva" e informarán toda la creación lopesca :

- *tú* es el tratamiento convencional, completamente "literarizado" ("littériser", dice N. Ly, a quien dejamos la responsabilidad de la palabra...), que puede asumir todos los valores y todas las funciones, a todos los niveles de la jerarquía socio-dramática;

- *vos* participa de dos significados : por una parte es heredero del carácter palaciego de la poesía de "cancionero", se especializa en la expresión de la galantería cortés y sufre el mismo proceso de "literarización" que *tú*; por otra parte, expresa la relación inferior-superior y puede aparecer como rústico (esta última afirmación de N. Ly nos parece infundada, ya lo hemos dicho);

- la tercera persona y *vuesa merced*, quizás por ser creaciones recientes y no pertenecer a la tradición literaria, aparecen más bien con un valor cómico;

- las demás fórmulas (*señoría, alteza, majestad*) sólo se usan para personas que las merecen en la realidad, es decir que no sufren ningún proceso de "literarización".

En cuanto a la alternancia *tú/vos*, puede indicar la oposición fundamental no-distancia/distancia, u obedecer a criterios estéticos pero no sociológicos ni lingüísticos.

De la segunda parte del trabajo de N. Ly, el estudio del tratamiento en el teatro de Lope de Vega, sólo copiaremos lo más importante de su conclusión. En efecto, las ideas fundamentales son las ya expresadas en la primera parte : Lope se contenta con recibir y explotar una herencia y lo importante para nosotros es subrayar que la comedia lopesca es cada día más literaria y menos verista, más conforme a convenciones literarias dentro de una élite aristocrática y menos imitadora de la realidad social ambiente. Nos estamos preguntando (N. Ly no lo hace y no sale del problema de los tratamientos) si lo que pasa con *tú* y *vos* (modos de expresarse que no tienen nada que ver con la realidad contemporánea) pasaba también con otros elementos del juego dramático : personajes, temas, estamentos sociales. Si fuera así, sería necesario

revisar muchos juicios sobre el teatro de Lope y sobre toda la literatura del Siglo de Oro (2). Pero volvamos a las conclusiones de N. Ly :

... la littérature de théâtre ... a soumis [les allocutifs] à des degrés divers à une ré-élaboration poétique, habile à subvertir les valeurs et les emplois dans lesquels les avait figés leur vocation socio-linguistique et à les soumettre aux exigences spécifiques de l'écriture dramatique... L'extension du tutoiement à toutes les catégories de personnages et sa réversibilité sont le signe linguistique d'une solidarité fonctionnelle qui fait du roi et du bouffon, du maître et du valet, du paysan et du noble, de la dame et du galant, les instruments équivalents de la fiction théâtrale. (P.624).

La Comedia... implique... une société que structure un schéma de bipolarisation en milieu supérieur (noble et urbain) et milieu inférieur (rustique), chacun de ces milieux se diffractant à son tour en niveau supérieur digne et sérieux, et niveau inférieur parodique et comique. A ces ensembles, liés par un code contrastif et complémentaire, correspondent des codes interlocutifs définis comme discreto et necio. L'allocutif vos est le signe de la discreción, entendue comme savoir-dire courtois; corrélativement, une moindre utilisation du vos entre protagonistes de même rang socio-dramatique, dénonce la necesidad, c'est-à-dire un non-savoir dire et un non-savoir faire, typique de la rusticité. La troisième personne d'adresse s'associe au registre comique de chacun des ensembles noble et rustique : ainsi les valets de théâtre substituent-ils à la paire tú-vos de leurs maîtres, la paire tú-troisième personne, signe linguistique du glissement du registre sérieux au registre parodique. (P. 625).

La variation des allocutifs peut signifier, tour à tour ou simultanément, la solidarité fonctionnelle des protagonistes; ... la mise en oeuvre des deux registres de ton et de style; ... l'affrontement socio-dramatique... (P. 626).

(2) Pensamos que es así. El carácter de literatura de clase, aristocrática, elitista y sin contacto real con la sociedad total de la época me parece evidente en las grandes obras del Siglo de Oro. El trabajo de N. Ly es un argumento para esta afirmación.

Así se ve claramente que los reparos que hemos puesto al trabajo de N. Ly no afectan en nada sus conclusiones, ni quitan interés a lo esencial de su trabajo. Sólo podrían servir para que, en una deseable edición para el gran público, N. Ly pueda hacer que su libro sea más fácil de manejar (3).

(3) N.D.L.R. : A la hora de dar a la imprenta, nos llega el folleto publicitario de la versión impresa de la tesis de Nadine Ly : La poésie de l'interlocution dans le théâtre de Lope de Vega, Bordeaux, 1982, 1 vol. 15,5x24, 363 p., 210 FF sin los gastos de envío (pedidos a la autora, Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-Américaines, Esplanade des Antilles, Domaine Universitaire, 33405 TALENCE-CEDEX).

*

Pedro SOTO de ROJAS, *Paraíso para muchos, jardines abiertos para pocos. Los fragmentos de Adonis*, edición de Aurora Egido, Madrid, Cátedra, 1981, 228 p. (*Letras Hispánicas*, 128).

¡ Encantador ! Dejemos para otro día las preocupaciones de los escritores metidos en una sociedad estructurada y sometidos a un sinnúmero de presiones e influencias varias. Dejemos a los ambiciosos, a los inquietos, a los predicadores y entremos confiados en estos jardines de Soto de Rojas.

No sé exactamente lo que designa la expresión francesa "un jardin de curé", pero ya imagino lo que pudo ser el jardín de un canónigo andaluz, retirado del "mundanal ruido" de las academias madrileñas y dedicado a la creación poética en la perfecta arquitectura de su riquísimo carmen granadino.

Pedro Soto de Rojas nació en Granada en 1584, estudió cánones, se graduó de bachiller y escribió allí sus primeros versos. Luego pasó a Madrid, perteneció a la Academia de Saldaña, a la Selvaje, trabó amistad con Lope de Vega, Paravicino, Góngora. En 1616 vuelve a Granada como canónigo de la Iglesia Colegial del Salvador en el Albaicín de Granada, pero sin abandonar sus pretensiones y amistades madrileñas gracias a varios viajes a la Corte. A partir de 1632 desiste de tales ambiciones y llevará hasta su muerte en 1658 una vida de canónigo marcada sin embargo por varias rencillas y disgustos.

Sus obras, únicamente poéticas, son fundamentalmente : *Los fragmentos de Adonis*, 1619; *Desengaño de amor en rimas*, 1623; *Los rayos de Faetón*, 1639; *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*, 1652.

La profesora Aurora Egido, profesora en la Universidad de Zaragoza, nos proporciona estos datos en su valiosa introducción y publica a continuación *Paraíso cerrado...* a partir de la edición de 1652, en que entraba también la obra de juventud *Los fragmentos de Adonis*.

Paraíso cerrado..., obra maestra, se basa en la creación previa de un auténtico paraíso particular, un carmen personalísimo, en la gran tradición de los jardines renacentistas y barrocos. El poema (una silva de 1145 versos, distribuida en siete "mansiones") es una descripción del jardín, descripción muy culta y gongorizante de un jardín donde abundan las imágenes bélicas. El texto es difícil, muy elaborado, y, según la profesora Egido, va acompañado en su edición príncipe por una gran cantidad de "notas marginales que son llamadas constantes a una erudición amplísima". A. Egido no las reproduce pero se sirve de ellas en sus notas. Otra ayuda interesante para la comprensión del texto es la "Introducción a los jardines... Por don Francisco de Trillo y Figueroa, su amigo". Esta introducción es, no se sabe si a partir de la realidad del carmen o del solo poema o de los dos, una descripción simplificada del jardín; lo cual permite al lector, algo perdido en las metáforas de Soto, encontrar de nuevo su itinerario. De todas formas, aquellos versos, muchas veces suntuosos, ricos de mil sugerencias, merecen que se les dedique el tiempo necesario para saborearlos : es ejercicio voluptuoso que nos sume en un mundo fuera del tiempo, mundo de recuerdos clásicos y de belleza pura.

Los fragmentos de Adonis (siete "fragmentos" y un total de 2260 versos) son, como el *Poliífemo* de Góngora a cuya imitación se escribieron, una fábula sobre un tema mítico. El estilo es mucho más sencillo (a veces llano y hasta prosaico) que el del *Paraíso...* Es obra de juventud y, según la editora, se publicó sin el acuerdo del autor. Pero aun así, es agradable de leer, aunque suena más a literatura fácil de Academia y a imitación lopesca que a inspiración gongorina. Quizás sea mejor para el lector poco versado en la técnica gongorizante empezar la lectura del libro por *Los fragmentos de Adonis* antes de pasar al *Paraíso cerrado...*

Esto, claro, sin contar con la ayuda de la editora. Su introducción es un modelo de erudición que cubre los dos campos, el de los jardines renacentistas y barrocos, y el de la influencia de Góngora (de Soto de Rojas a la generación del 27). El tema de los jardines no es

tan frecuente y A. Egido nos da para entrar en él una extraordinaria —y muy accesible— bibliografía. Es evidente que domina perfectamente toda aquella zona encantadora del saber de la época y las muchísimas referencias de sus notas son, por sí solas, un extraordinario enriquecimiento. Naturalmente, dichas notas, aunque numerosas y utilísimas, no aclaran todas las dificultades; muy consciente de ello, A. Egido nos dice que este texto merecería también unas *Anotaciones* completas. ¿Por qué, señora, no nos va preparando tal comentario?

Emile ARNAUD

*
* *

Francisco LÓPEZ ESTRADA, *Tomás Moro y España : sus relaciones hasta el siglo XVIII*, Madrid, Ed. de la Universidad Complutense, 18x11 cm., 120 p.

Remate de 35 años, nada menos, de muchas y muy concienzudas investigaciones, representa este pequeño libro, no sólo una síntesis, sino un reajuste y un nuevo estudio sobre las "relaciones hasta el siglo XVIII" de Tomás Moro y España. Sin duda alguna podrá enriquecer los conocimientos y la reflexión de los estudiosos, sean o no especialistas del tema.

La obra de Tomás Moro, "guía del humanismo europeo", según Francisco López Estrada, se conoció muy pronto en España, donde ejerció, hasta los umbrales de la edad industrial, una influencia no sólo considerable sino también sumamente peculiar. Leído en latín, traducido y reeditado con frecuencia a partir de 1637, Tomás Moro es ante todo una figura y un signo. De ahí el interés de su iconografía en España, que evoluciona correlativamente con la atención que se concede a sus escritos. Pero ya en vida y hasta su ejecución, parece que tuvo con algunos españoles ilustres, humanistas y de espíritu independiente como él, relaciones privilegiadas. Lo atestiguan su amistad y sus intercambios intelectuales con Vives, a quien estimaba mucho, recibéndole incluso en Chelsea, y sobre todo el itinerario de su último manuscrito, especie de testamento espiritual que dejó sin acabar y muy pronto llegó a manos de unos valencianos admiradores de Erasmo y pensadores originales, cuando no heterodoxos.

Las relaciones diplomáticas entre la Corte de España y la de Inglaterra eran entonces frecuentes e importantes, con los consiguientes viajes y entrevistas de grandes personajes de ambos países y personas

de su séquito. Retratista, según Holbein, de Tomás Moro, Rubens es un ejemplo de este tipo de confluencias. Pero el mismo autor de la *Utopía* demuestra viva curiosidad —que ya apunta en dicha obra— por el descubrimiento del Nuevo Mundo : el de la civilización precolombina y el que lo está substituyendo por obra de los españoles. A su vez, los explotadores y eclesiásticos que se embarcan para América o que, de uno u otro modo, se enfrentan con los problemas de la Conquista o de la "pacificación", leen con sumo interés la *Utopía* y se inspiran más o menos tácitamente en ella, influyendo de rechazo sus escritos y realizaciones en el pensamiento utópico en España. Este último lo estudia particularmente Francisco López Estrada en sus manifestaciones literarias. El tema pastoril y el insular (*Utopía* es una isla, pero también América creyeron los españoles que lo era, en un principio) dan lugar a un análisis claro y fecundo centrado en la obra de Cervantes.

Cobrando casi fama de santo con motivo de su resistencia al rey Enrique VIII y de su muerte, el Tomás Moro de los españoles pasa a ser algo más tarde una figura ejemplar de hombre justo. Parangón, según los unos, de virtud a un tiempo cívica y moral, corresponde según los otros al concepto imperante en el Siglo de Oro y en toda la Edad Barroca del papel personal del hombre en la acción político-social. El interés de Quevedo por su obra procede de todas estas preocupaciones. Los españoles del siglo XVIII no sólo verán en él al "homme d'esprit" o por el contrario al profundo teórico, imágenes ambas igualmente incompletas para definir a nuestro humanista humorista; Feijoo, por ejemplo, celebrará a la vez sus dotes de hábil político, independiente y sin afectación de austeridad, y el heroísmo natural que le llevó, como lógicamente, a la muerte.

El autor de *Tomás Moro y España* pasa finalmente revista a las utopías de fines del XVIII, incluyendo la *Descripción de la Sinapia*, de fecha todavía muy controvertida (1). En ellas resulta bastante patente el influjo directo de la lectura de Tomás Moro. Pero actualmente se descubre, por una parte, que la producción utópica existe en España durante todo el siglo XVII, y por otra, que corresponde entonces a una reflexión político-social concreta y a unos ensueños más o menos emparentados, según los casos, con la metafísica o la poesía. Así se

(1) Véanse los trabajos del profesor canadiense Stelio Cro, y las ponencias de François Lopez, *Considérations sur "La Sinapia"*, y Marie Laffranque, *La Descripción de la Sinapia, en La contestation de la société dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, Toulouse, Université de Toulouse Le Mirail, 1981, pp. 205-211 y 193-204.

comprende mejor su resurgencia en el siglo XIX bajo nuevos aspectos —teóricos, literarios y prácticos— correspondientes al multiforme desarrollo del pensamiento socialista por toda Europa, que recoge, transformada, la herencia de la *Utopía* de Tomás Moro —sobre todo bajo su forma inglesa o francesa. No dejaría de ser provechoso, aunque sólo fuera para entender mejor dicha corriente general, estudiar de cerca la herencia tardía de Tomás Moro en España, así como también en un país de cultura igualmente original y vivaz como Checoslovaquia.

Si se lleva el examen hasta nuestra época, se desemboca en un desarrollo de la literatura imaginaria que da cabida a la novela de anticipación, así como en la proliferación de los "proyectos políticos" o sociales, de todo tipo y tamaño. Las perspectivas son tan vertiginosas que justifican, sin lugar a dudas, la prudencia de F. López Estrada al cancelar su estudio en vísperas de la invasión de España por los franceses.

Marie LAFFRANQUE

*
* *

Agustín de la GRANJA, *Entremeses y mojigangas de Calderón para sus autos sacramentales*, Universidad de Granada, 1982, 58 p.

Esta corta obrita del profesor Agustín de la Granja, publicada fuera de los circuitos comerciales de distribución, corre riesgo de pasar inadvertida por muchos estudiosos del género, y de entrada afirmaremos que sería una verdadera lástima ya que, si bien encierran algunas imperfecciones textuales, sus cincuenta y ocho páginas de esponsada tipografía tienen, por lo demás, muy poco desperdicio.

Emecemos evocando la segunda parte, que incluye el texto de dos entremeses de Calderón. El primero, *El mayorazgo*, hasta ahora inédito, ha sido auténticamente atribuido al célebre dramaturgo por el propio A. de la Granja, en un trabajo reciente (1). Coincide éste en atribuirle el segundo, *Los degollados*, con el profesor Enrique Rull, autor de una

(1) Agustín de la Granja, "El mayorazgo", un entremés desconocido de Calderón, en *Ínsula*, n° 421 (diciembre), 1981, p. 10.

convinciente demostración en dos estudios consecutivos (2). La edición de ambos textos, con ortografía y puntuación modernizadas, permite apreciar sin tapujos arqueologizantes el ingenio y gracejo de Calderón entremesista.

Tal vez no hubieran estado de más unas cuantas notas, y algunos versos nos parecen estragados o de métrica incorrecta. Por ejemplo, en *El mayorazgo*, los versos nº 22 (¿suprimir el "Mari" ?), 57 (¿suprimir el "os" ?), 59 (¿"medio" en vez de "remedio" ?), 142 y 143 (en realidad forman un solo endecasílabo), 222 (¿"voy" en vez de "vengo" ?). En *Los degollados*, quizás sería preferible puntuar así los versos

7 y 8: *Porque, si excremental cosa se halla,
más mejor que querella es olvidalla.;*

15 : *Finalmente, como digo de mi cuento,*

y 201 a 203, que sólo son dos y habría que disponer como sigue :

que ahí os los entrego.

ZOQUETE

Llegue

la primera ella.

OLALLA

¡ Ay, cuitada !

Pero todos estos detalles y algunos otros errores tipográficos no son ningún obstáculo, de todas formas, para la comprensión global y el deleite del lector.

Además, estos pequeños descuidos formales quedan postergados ante el gran interés de la primera parte de la obra. En ella esboza el autor, con análisis forzosamente breves (se trata del texto de una conferencia pronunciada con motivo del III Centenario de la muerte de Calderón), un estudio literario y escenográfico de los entremeses y mojigangas del insigne dramaturgo que se representaron junto con sus autos sacramentales. Se utilizan los datos de archivos, la mención de

(2) Enrique Rull, En torno a un entremés anónimo, su posible atribución y otras cuestiones calderonianas, en *Segismundo*, nº 27-32, 1978-1980, pp. 171-179.

- El entremés "Los degollados" y su posible atribución a Calderón, ponencia leída en el coloquio sobre El teatro menor en España.., Madrid, Casa de Velázquez, 20-22 de mayo de 1982.

enseres y utensilios manejados durante la representación, la indicación de los actores que intervinieron, etc., para ir concretando fechas y atribuciones que añaden no poca luz a nuestra visión, todavía no muy clara, de la producción entremesil calderoniana. La perspectiva crítica de A. de la Granja, expuesta en pocas pero jugosas páginas, es también sumamente fecunda: pretende restituir a cada una de las "piezas cortas" su verdadero papel en el conjunto del espectáculo, y otorgar a los elementos "externos" (música y canciones, tramoyas y escenografía...) la misma importancia que tenían para los contemporáneos. Este nuevo enfoque de la investigación, muy difícil de realizar, por supuesto, pero a todas luces indispensable, llevará por fin a los críticos hacia una percepción del fenómeno teatral de mayor pertinencia histórica y estética que la que solía prevalecer hasta la fecha.

Poco pues, ya se ha dicho, pero bueno, y juicioso, y sugestivo. Este breve manojito del profesor Agustín de la Granja anuncia y promete pingües cosechas futuras.

Frédéric SERRALTA

*
* * *

Visages de la folie (1500-1650). (Domaine hispano-italien), études réunies et présentées par Augustin Redondo et André Rochon, Paris, Université de la Sorbonne, 1981, 176 p. (*Publications de la Sorbonne, Série "Etudes"*, 16).

Cuando los sabios hablan de los locos organizan un coloquio del que puede salir obra tan sensata como *Visages de la folie*, actas de un coloquio en que participan los italianistas del "Centre de Recherche sur la Renaissance italienne" y los hispanistas del "Centre de Recherche sur l'Espagne des XVIème et XVIIème siècles". El título escogido para tales actas sugiere la pluralidad de las locuras examinadas (patológica, amorosa, fingida, lúcida, etc.), la diversidad de los enfoques escogidos (etnología, literatura, historia, sociología) y la variedad de los textos estudiados (novelas, cuentos, poesía, teatro). Pero como es de circunstancia el refrán "cada loco con su tema", sólo nos interesaremos aquí por las contribuciones relativas a la España del Siglo de Oro.

Augustin Redondo analiza la locura del Licenciado Vidriera. Su estudio pormenorizado podría servir de base a una buena edición ano-

tada de la novela corta cervantina. Son muy sugestivas en particular sus aclaraciones sobre la onomástica del personaje, o sobre la significación de elementos claves tales como el membrillo, el vidrio, o la vara. Después de situar *El licenciado vidriera* en el contexto histórico de la Corte de Felipe III, Augustin Redondo muestra cómo el discurso de la locura se vuelve fundamentalmente subversivo.

François Delpech estudia el tema del rey pecador, castigado por la locura y sustituido por un ángel. Dibuja con mucha erudición un panorama de diferentes versiones de esta historia, desde la prehistoria indoeuropea hasta la comedia del Siglo de Oro, pasando por los textos talmúdicos y los ejemplos medievales. Pone de relieve el contexto teológico y político que reactiva el tema, en particular con las rivalidades entre poder temporal y poder espiritual, y la denominación clerical de la Contrarreforma. François Delpech termina su ponencia relacionando el tema estudiado con prácticas arcaicas rituales.

Monique Joly nos entrega los fragmentos de un discurso mítico acerca del bufón. A partir de indicios relativamente escasos (refranes, emblemas, citas literarias) consigue reconstituir toda una vertiente negativa de la representación imaginaria del bufón, frecuentemente comparado con la prostituta, el perro o le mono. Su trabajo permite completar la imagen monocolor del bufón consejero privilegiado del príncipe, que hasta ahora daba la crítica moderna.

Michèle Gendreau-Massaloux se interesa por la locura amorosa en tres de los mayores poetas del Siglo de Oro. En la *Segunda Égloga* de Garcilaso de la Vega, observa la densidad del tema de la locura de amor en el personaje de Albanio, y subraya cómo el poeta se sitúa en la convergencia de influencias literarias, científicas y míticas. En cambio, en los poetas posteriores —Quevedo primero y Góngora después, ya que las obras van estudiadas según la fecha de composición— el tema, inspirado del Ariosto, se ve considerablemente empobrecido. La locura de amor ya no es más que un elemento paródico en Quevedo y es puramente decorativo en Góngora. Michèle Gendreau-Massaloux relaciona la modificación así observada con el nuevo orden de valores que conoce la España de la decadencia y del desengaño.

Françoise Vigier estudia la locura amorosa en la novela pastoril española del siglo XVI. Presenta su síntesis muy universitaria en cinco capítulos: I. Relaciones entre razón, locura y amor. II. El sistema de representación de la locura amorosa (léxico, traje, representaciones míticas o alegóricas). III. La locura amorosa como fuerza de transgresión de las normas morales y sociales. IV. La locura patológica. V. Los remedios a la locura amorosa.

Josette Riandière La Roche aborda el tema de la locura a tra-

vés del estudio de un libelo de Quevedo, *Visita y anatomía de la cabeza del Cardenal de Richelieu*. Su buen conocimiento del texto, cuya edición crítica está preparando, y una investigación minuciosa en los tratados médicos y los documentos históricos de la época, le permiten emprender una lectura a dos niveles, el de la temática médica y el de la sátira política. A partir de la confrontación de los dos niveles se dedica a una autopsia, es la palabra apropiada, de la metáfora médico-política.

A la hora de establecer un balance global de la publicación reseñada, nos encontramos con la dificultad inherente a todo trabajo colectivo. La diversidad de las obras estudiadas y de las problemáticas planteadas da al lector cierta impresión de incoherencia. Desde luego, lo que se censura en un autor único no puede ser reprochado a trece investigadores diferentes. Sin embargo, quizás sería posible dar más unidad a este tipo de coloquios, privilegiando, al mismo tiempo que un tema, una metodología o una problemática.

Respondiendo de antemano a esta objeción, Augustin Redondo y André Rochon destacan en una introducción los puntos de convergencia de las diferentes ponencias. Así es como comprueban algunas constantes en las descripciones de la locura influenciadas por la medicina contemporánea, en los símbolos y emblemas ligados a las imágenes de la locura, o en el estatuto social de los locos. Los coordinadores del coloquio también ponen de relieve algunas problemáticas que se establecen alrededor de la noción de locura. Por una parte la locura suele ser vinculada con la razón, ya como adyuvante, ya como oponente; por otra parte, más allá de lo humano, la locura alcanza frecuentemente niveles metafísicos, teológicos o mágicos.

Finalmente se plantea, con mucha razón, el problema de los lazos entre la locura y el poder. ¿En qué medida puede servir la locura a los intereses del poder, o permite al revés la expresión de un discurso subversivo? Tal pregunta, a la cual se intenta responder —demasiado rápidamente a nuestro parecer— en algunas de las ponencias, merecería un amplio debate porque corresponde a un tema cuya complejidad ya se puso de relieve en Toulouse en el coloquio sobre *La contestation de la société dans la littérature du Siècle d'Or* (Université de Toulouse-Le Mirail, Service des Publications, 1981).

Claude CHAUCHADIS